



Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo final de grado

Modalidad: Monografía

Del "Proyecto de psicología" al "Más allá del principio de placer". Una lectura a partir de Lacan

Docente tutor: Gonzalo Grau

Docente revisor: Octavio Carrasco

Barrios Santos, Mauricio

CI: 4. 614. 388- 8

Montevideo, Uruguay

Julio de 2021

A Analía, Belén, Eugenia, Gonzalo, Kevin y Paola

Índice

Resumen	1
Introducción	2
Capítulo 1- Proyecto de psicología	
Parte A: Una teoría cuantitativa del aparato psíquico	4
Parte B: Las paradojas del sistema ω	9
Capítulo 2- La interpretación de los sueños	
Parte A: El esquema del peine: de un modelo mecánico a un modelo lógico	13
Parte B: El problema de la regresión	17
Capítulo 3: Introducción del narcisismo	
Parte A: Libido y narcisismo	20
Parte B: La teoría de la libido y el esquema óptico	22
Capítulo 4: Más allá del principio de placer	
Parte A: Pulsión de muerte y compulsión de repetición	26
Parte B: ¿Pulsión de muerte o autonomía del orden simbólico?	31
A modo de síntesis	36
Referencias bibliográficas	38

Resumen

En la presente monografía se abordan cuatro momentos de la obra de Sigmund Freud a partir de la lectura que hace Jacques Lacan en su Seminario de 1954 y 1955 (“El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica”). El primero se ubica en el “Proyecto de psicología” de 1895, el segundo en “La interpretación de los sueños” de 1900, el tercero en “Introducción del narcisismo” de 1914, y el cuarto en “Más allá del principio de placer” de 1920.

Se optó por organizar los cuatro momentos de forma cronológica, y dedicar un capítulo a cada uno de ellos, con una “Parte A” para el texto de Freud, y una “Parte B” para el comentario de Lacan. De manera que cada uno de los cuatro capítulos está subdividido en una “Parte A” en la que se introducen los temas principales que Freud aborda en el texto de referencia correspondiente, y una “Parte B” en la que se procura dar cuenta de la lectura que Lacan hace del texto freudiano, las antinomias e impasses que encuentra, y las alternativas que propone.

Introducción

En el Seminario dictado entre 1954 y 1955, titulado “El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica”, Lacan aborda temas fundamentales para el psicoanálisis, a partir de una relectura de textos clásicos de Freud. Distingue cuatro momentos de su obra a los que hace corresponder con cuatro modelos distintos.

El primero de ellos corresponde al “Proyecto de psicología para neurólogos”, de 1895. Allí Lacan analiza el modelo de aparato psíquico constituido a partir de sistemas de neuronas. Veremos que Freud tuvo grandes dificultades, que se repitieron a lo largo de toda su obra, en situar la consciencia en el edificio teórico del psicoanálisis. Por una dificultad de su modelo, se vio obligado a considerar leyes bastante diferentes para uno de los tres sistemas de neuronas, el responsable de la percepción y la consciencia. Por otra parte, es en estos papeles de juventud de Freud, donde se comienza a entrever la originalidad de su descubrimiento: el aparato psíquico tiene la particularidad de tender a una repetición obstinada hacia un objeto radicalmente perdido.

El segundo momento que delimita Lacan, se sitúa en el año 1900, con “La interpretación de los sueños”, texto en el que según él podría observarse el funcionamiento autónomo de los símbolos en los procesos inconscientes. Lacan analiza particularmente el “esquema del peine”, introducido en el capítulo 7. Entiende que la introducción de la dimensión temporal duplicó las dificultades del primer modelo: percepción y consciencia quedaron colocados en dos extremos opuestos de dicho esquema. Al introducir la dimensión temporal, Freud tuvo que considerar la regresión para explicar la alucinación en el sueño. Veremos que Lacan, tras analizar el sueño de la “inyección de Irma”, propone prescindir del concepto de regresión, para pensar el fenómeno en términos de descomposición imaginaria del yo.

En el tercer momento, el desarrollo de Lacan se centra en la “Introducción del narcisismo” de 1914, y utiliza el esquema óptico para mostrar la forma en que lo simbólico regularía la identificación imaginaria, como sostiene asimismo en su teoría del estadio del espejo. Lacan entiende que la teoría freudiana de la libido pone de manifiesto la oscilación imaginaria que se produce en la relación entre el sujeto y el objeto, y destaca el papel del orden simbólico, que opera como regulador de tal relación. Veremos que en esta tercera etapa, el sistema percepción- consciencia estaría en el lugar adecuado, en el centro de la recepción del yo en el otro.

“Más allá del principio de placer”, de 1920, es el texto de referencia del cuarto momento, y el modelo correspondiente es el esquema lambda. Su análisis procurará llevarnos a entender por qué la compulsión de repetición está relacionada con la intrusión del registro simbólico, exterior a los individuos. La noción de pulsión de muerte, constituida a partir de una serie de paradojas de la clínica, da cuenta de la fisura que ejercería sobre el sujeto la insistencia simbólica. Para Lacan, es en ese punto donde debemos ubicar al sujeto del inconsciente, si queremos tomar en serio el descubrimiento freudiano.

Capítulo 1- Proyecto de psicología

Parte A: Una teoría cuantitativa del aparato psíquico

El manuscrito original de lo que hoy conocemos como el “Proyecto de psicología” (*“Entwurf einer Psychologie”*) no llevaba título alguno. Se trata —dice Strachey— de un documento neurológico que Freud escribió en 1895, en unas pocas semanas, y luego abandonó. Contiene, sin embargo, el núcleo de gran parte de sus teorías psicológicas más importantes (cf. Freud, 1895/1994, p. 333). Varios autores coinciden en señalar dos circunstancias importantes que acompañaron la redacción de este texto. La primera, el afán de los fisiólogos alemanes de la época —como Ernst von Brücke y Johannes Müller— por reducir los fenómenos fisiológicos y psicológicos a fuerzas físicas, o al menos a lo físicamente mensurable. La segunda, la doctrina anatómica de la neurona, que había comenzado a ser aceptada por los neuroanatomistas pocos años antes de la redacción de este texto (cf. Bercherie, 1997, pp. 167- 168, Strachey en Freud, 1900/1986a, p. 9; Anzieu en Lacan, 1954-55, p. 79; Roudinesco & Plon, 1998/2008, p. 861). La originalidad del Proyecto radicaría en la idea de combinar dos teorías de diferente origen en un todo unitario (1900/1986a, p. 9).

Freud comienza el texto considerando el “principio de inercia neuronal”, según el cual las neuronas buscarían liberarse de la cantidad de energía (Q). Frente a las cantidades que provienen del mundo exterior, los sistemas de neuronas podrían descargarse en la medida en que el aparato psíquico se aleje del estímulo. Sin embargo, frente a los estímulos endógenos (por ejemplo el hambre) no sería posible la huida, y sólo cesarían bajo acciones específicas que deberían realizarse en el mundo exterior (por ejemplo comer) (1895/1994, p. 341). El término acción específica designa el conjunto del proceso necesario para resolver la tensión interna que la necesidad crea (Laplanche & Pontalis, 1967/2007, p. 4). Como vemos, Freud considera un sistema de neuronas, conectadas por una parte entre sí, por otra parte con la periferia del cuerpo (es decir con el mundo exterior) y por otra con el interior del organismo (con los sistemas musculares y viscerales).

Más adelante, divide hipotéticamente las neuronas en dos clases de sistemas, diferenciados según sus modos de funcionamiento. Los denomina “sistema de neuronas pasaderas” (ϕ) y “sistema de neuronas impasaderas” (ψ). Según Freud, en las neuronas pasaderas no opera ninguna resistencia, dejan pasar la energía como si no tuvieran ninguna barrera-contacto (las llamadas barreras-contacto sólo dejan pasar aquellas cantidades que exceden cierto

umbral) y serían las neuronas que servirían a la percepción¹. Las neuronas impasaderas, por su parte, tendrían resistencia, retendrían la $Q\eta$ (cantidad de magnitud intercelular), y serían las portadoras de la memoria, y probablemente del resto de los procesos psíquicos (1895/1994, p. 344). Según explica, las neuronas ψ son alteradas durante el curso del proceso excitatorio, obteniendo como resultado la posibilidad de constituir una memoria. A medida que atraviesa $Q\eta$ por estas neuronas, las barreras-contacto se vuelven menos impasaderas, y a este estado lo designa como grado de facilitación. Entonces la memoria “está constituida por las facilitaciones existentes entre las neuronas ψ ” (p. 344, [cursivas en el original]). Se constituye entonces una especie de sendero, que facilita el pasaje por la misma vía.

Según Bercherie, es la idea de facilitación la que lleva a Freud a distinguir entre neuronas constantemente permeables a la cantidad (y no susceptibles de memoria), y neuronas relativamente impermeables (pasibles de constituir facilitaciones) (1988/1997, p. 327). Estas ideas son retomadas en “La interpretación de los sueños” pero sin necesidad de considerar la teoría neuronal. En el sistema ψ , vemos cierta prefiguración del sistema inconsciente.

Freud introduce después el problema del dolor. Dice que el sistema de neuronas tiende a huir del dolor (esto deriva del principio de inercia) e infiere que el dolor se debe a la irrupción de grandes cantidades (Q) hacia el sistema ψ , cuando las cantidades perforan las pantallas de las terminaciones nerviosas de las neuronas ϕ (1895/1994, p. 351). Freud se ajusta aquí a una de las visiones más clásicas sobre el problema del dolor: cualquier sensación, al convertirse en intensa, pierde su especificidad y se vuelve dolorosa (Anzieu en Lacan, 1954-55, p. 79).

Hasta ahora, Freud está manejando una única dimensión: la cantidad de energía. Pero, evidentemente, existen procesos psíquicos que involucran no solo cantidades, sino también cualidades. Por ejemplo, la percepción de formas y de colores, no puede ser explicada en términos puramente cuantitativos. Respecto a este problema, Freud tiene grandes dificultades para establecer de qué forma funcionaría y dónde se produciría. ¿Cómo hacer intervenir la cualidad en un modelo que pretende ser, antes que nada, un modelo de cantidades? Dice que no podría generarse en el sistema ϕ ni en ψ , ya que estos dos sistemas sólo trabajan con cantidades, y además la sede de la conciencia debería estar en pisos superiores del sistema de neuronas. Por eso se ve obligado a considerar un tercer

¹ Como veremos, el lugar de la percepción no siempre es claro en este modelo. A primera vista parecería residir en el sistema ϕ ; veremos que se la adjudica luego a un tercer sistema: ω .

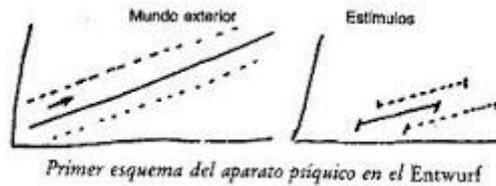
sistema, que serán las neuronas perceptivas (ω), sistema que al mismo tiempo queda definido como la sede de la conciencia (1895/1994, p. 353).

El sistema ω se especializa en la cualidad, ya no se trata —como en los otros dos sistemas— de las cantidades de energía, sino de sus períodos. El impulso neurónico es periódico, y los períodos pueden ser diferentes incluso si las cantidades son equivalentes. Estos períodos, decodificados por el sistema ω , dan por resultado las sensaciones conscientes (1895/1994, p. 353). Nace aquí el sistema “percepción - conciencia” que encontraremos en muchos trabajos posteriores de Freud: ambas funciones —la percepción y la conciencia— quedan íntimamente ligadas. Freud explica la aparición de la conciencia a través de sensaciones y cualidades sensibles.

La conciencia es definida por Freud como “el lado subjetivo de una parte de los procesos físicos del sistema de neuronas, a saber, de los procesos ω ” (1895/1994, p. 355). Define luego las sensaciones de placer y displacer. Cuando se produce una elevación del nivel de $Q\eta$ (un acrecentamiento cuantitativo) aparece la sensación de displacer, mientras que el placer sería la sensación correspondiente a la descarga de $Q\eta$. Freud establece que —derivada del principio de inercia que antes desarrollamos— hay una tendencia de la vida psíquica a evitar el displacer (1895/1994, p. 356).

El sistema ω estaría entonces en conexión con el sistema ψ , y experimentaría la elevación de la cantidad como displacer, y su disminución como placer. Esencialmente, la función del sistema neurónico consistiría en liberarse de la cantidad de energía. La tendencia de la vida psíquica a evitar el displacer que el aumento de la cantidad de energía produce, será designada, a partir de “La interpretación de los sueños”, como principio de displacer.

Luego se ocupa Freud de la diferencia entre la energía del mundo exterior y los estímulos que el aparato psíquico puede reconocer. En el mundo exterior los procesos energéticos constituyen un continuum, pero dado el filtro que imponen los órganos sensoriales, en el aparato psíquico los estímulos son reducidos y limitados en lo que refiere a la cantidad (solo una cantidad mínima de Q logra ingresar al aparato) y también discontinuos en lo que refiere a la cualidad (sólo ciertos períodos pueden ser captados y decodificados). De esta manera el aparato psíquico sólo percibe una franja muy reducida de estímulos (1895/1994, p. 352- 355). Esto queda representado por el siguiente esquema:



Luego introduce el problema de la vivencia de satisfacción, haciendo referencia al desvalimiento inicial que todo ser humano tiene cuando nace. Cuando se acumula una tensión endógena importante, sólo puede descargarse por vía de la acción específica que definimos antes: esta vivencia de satisfacción está en estrecha relación con el término "acción específica". En el infante esta acción, para ser llevada a cabo, requiere del auxilio ajeno. Freud explica que la vivencia de satisfacción que se experimenta dejará huellas asociativas: ciertas neuronas quedarán asociadas, por un lado al objeto que le procuró satisfacción, y por otro a la descarga inherente a la acción específica. Se forma así una facilitación entre dos imágenes-recuerdo, de manera que la próxima vez que aflore el estado de deseo, las Q η tenderán más fácilmente hacia la neurona facilitada que hacia otra (1895/1994, pp. 362 a 364). Con la vivencia de dolor ocurre algo similar, salvo que en este caso el resultado será "una repulsión, una desinclinación a mantener investida la huella mnémica hostil" (1895/1994, p. 367).

Hemos señalado que las dos vivencias descritas por Freud, denominadas afectos (displacenteros), y estados de deseo, producen una elevación de la tensión Q η en ψ . Mientras que el estado de deseo produciría una alucinación a la que seguiría una atracción hacia el objeto de deseo (1895/1994, pp. 363- 364), con la experiencia de dolor se produce una facilitación similar pero asociando al objeto con la experiencia displacentera de lo que resulta una repulsión (p. 365). Freud llama a estas experiencias "atracción de deseo primaria" y "defensa primaria" (o represión). "Ambos estados son de la máxima significatividad para el decurso en ψ , pues le dejan como secuela unos motivos compulsivos" (p. 367). En la Parte B del presente capítulo comenzaremos a entrever la importancia que tienen para todo el análisis de Lacan estos "motivos compulsivos".

Roudinesco y Plon observan que Freud vinculó muy pronto en su teoría las nociones de "compulsión" y de "repetición", para dar cuenta de un proceso inconsciente que obliga al sujeto a reproducir vivencias que en su origen ocasionaron sufrimiento y conservaron su carácter doloroso (1998/2008, p. 942).

A partir de los procesos de atracción de deseo y de inclinación a reprimir, se ha formado en el sistema ψ una organización que no es nada menos que el “yo”. La tendencia a repetir con regularidad los decursos que se consumaron acompañados de satisfacción o de dolor, con el consiguiente efecto facilitador que produce, conduce a que cierto grupo de neuronas ψ esté constantemente investido.

El “yo” aparece entonces definido por Freud como un componente permanente del sistema, que se separa del resto (el componente variable). También le atribuye al yo ser el portador del reservorio que requiere el proceso secundario (1895/1994, p. 368). Agrega que el yo inhibe procesos psíquicos primarios, y que “en el proceso de deseo la inhibición por el yo procura una investidura moderadora del objeto deseado” (pp. 369- 372).

Comienza Freud el apartado sobre los procesos primario y secundario desarrollando la idea del signo de realidad objetiva (lo que en posteriores trabajos llamará examen de realidad). Es el sistema ψ el que proporciona este signo, cuya finalidad es la de distinguir entre percepción y representación. Además ψ necesita un signo que le permita evitar la investidura de la imagen-recuerdo hostil, a fin de evitar un displacer excesivo. Los caminos que conducen de la investidura-deseo hasta la alucinación, y el displacer que conllevan, son llamados por Freud “procesos psíquicos primarios”; mientras que los que son posibilitados por una buena investidura yoica, y constituyen una moderación de los procesos primarios, son llamados “procesos psíquicos secundarios” (1895/1994, pp. 370- 372).

Freud plantea tres casos posibles para la relación de la percepción con la investidura del objeto deseado. El primero es cuando el objeto está realmente presente, entonces la descarga se realiza de manera eficaz. El segundo cuando la investidura-deseo está presente, pero la percepción del objeto no armoniza del todo sino sólo en parte; en este caso se pone en marcha el trabajo de pensar y se produce una investidura colateral. La tercera es cuando la percepción del objeto no coincide con la imagen-recuerdo deseada (1895/1994, pp. 373- 375). En este último caso Freud considera que hay una búsqueda indefinida por reencontrarse con la identidad perceptiva del objeto que le procuró satisfacción (p. 378).

Parte B: Las paradojas del sistema ω

Lacan considera que el “Proyecto de psicología” constituye una primera teoría psicológica ya completa (1954-55/2019, p. 39). Este texto revelaría la significación de las posteriores investigaciones de Freud respecto de la teoría de la interpretación de los sueños, y nos mostraría el modo en que Freud se vio obligado a modificar sus primeras concepciones (pp. 153- 154). Según él, en el “Proyecto” están los cimientos del edificio teórico de Freud. Por ejemplo, cuando hace referencia a la compulsión de repetición, que trabajaremos más a fondo en el análisis de “Más allá del principio del placer”, Lacan nota que la idea de *Zwang* (compulsión) ya está presente en el “Proyecto”, en tanto el sistema busca reencontrarse con el objeto perdido. (p. 103). Ya desde el Proyecto, Freud habría partido de una concepción del sistema nervioso según el cual se tiende a volver siempre al estado de equilibrio (p.121). En la Parte A del presente capítulo señalábamos la importancia de la tendencia a la compulsión que dejan en el sistema ψ , tanto el estado de deseo como el de afecto displacentero. A eso apunta Lacan al señalar que este *Zwang* ya está en el “Proyecto”.

Un problema importante que señala Lacan sobre el “Proyecto de psicología” es el de la consciencia. Indica que Freud introdujo la consciencia de una manera paradójica, admitiendo un sistema con leyes bastante excepcionales, muy diferente a los otros dos sistemas de neuronas (ϕ y ψ). Agrega que esto es algo que sucederá una y otra vez en su obra, observando que el sistema de la consciencia es problemático para la teoría de Freud: “nos hallamos por vez primera ante una dificultad que se reproducirá a cada rato en la obra de Freud: no sabe qué hacer con el sistema consciente” (1954-55/2019, p. 154). Se ve obligado a atribuirle características bastante especiales, colocarlo fuera de las leyes de equivalencia energética, que presiden las regulaciones cuantitativas (Lacan, 1954-55, p. 82). Observamos que Freud mismo se da cuenta de las dificultades con que se encontró al desarrollar el asunto de la consciencia. Al principio del apartado sobre la consciencia dice: “Sólo mediante [...] supuestos complicados y poco intuitivos he conseguido hasta ahora incluir los fenómenos de la consciencia en el edificio de la psicología cuantitativa” (Freud, 1895/ 1994, p. 355).

Lacan sostiene que las dificultades que crea el sistema de la consciencia en la teoría reaparecen en cada uno de los momentos de la teorización freudiana que analizamos en el presente trabajo. Freud no consigue ofrecer un modelo coherente, y esto —dice Lacan— no se debe a la existencia del inconsciente, como podría pensarse. De la mayoría de las otras partes del aparato psíquico puede presentar un modelo coherente, equilibrado, pero con la consciencia esto no funciona (1954-55/2019, p. 179).

La conciencia siempre representó un problema para Freud. La experiencia le impone a Freud una reorganización de la estructura del sujeto humano, descentrándola con respecto al yo y enviando la conciencia a una posición sin duda esencial, pero problemática. Diría que el carácter inasequible, irreductible de la conciencia en relación con el funcionamiento del viviente es algo tan importante de comprender en la obra de Freud como lo que nos aportó acerca del inconsciente (Lacan, 1954-55/2019, p. 179).

Continuando con la idea de que la conciencia es paradójica, señala Lacan que “es preciso que esté y no esté”. Por un lado, si se la considera dentro del sistema energético —tal como se haya constituido a nivel de ψ — tendrá que ser necesariamente una parte del mismo, y por lo tanto no podrá cumplir su función de referencia a la realidad; sin embargo es necesario que a él pase cierta energía (1954-55/2019, p. 180). El sistema ω registra una parte de los estímulos que provienen del mundo exterior. El aparato psíquico registra un determinado período de la energía y por esa vía el sistema ω toma noticia de la cualidad. Este sistema debe ser lo más independiente posible de los desplazamientos de energía, de las cantidades, para que el sistema capte la realidad como tal, el reflejo del mundo exterior (p. 170). Por otro lado, ω no puede estar directamente enlazado al aporte masivo de energía del mundo exterior, tal como se lo supone en el primer sistema, llamado de la descarga, es decir, el mecanismo de estímulo- respuesta elemental (p. 180).

Según Lacan, Freud se anticipó a las exigencias teóricas con las que tuvo que vérselas la construcción gestaltista. El ser vivo —explica— tiene que tener un reflejo adecuado del mundo exterior. Esto supone la noción de un equilibrio a conservar (lo que más tarde se llamará homeostasis) y una zona moderadora, responsable de mantener tal equilibrio, que registra la entrada y la salida de algo llamado energía. Pues bien, en Freud, la suma de ciertas series de facilitaciones (acontecimientos e incidentes que conforman una zona de experiencia) constituirían una memoria, un modelo que proporciona la medida de lo real. Lo imaginario, sin embargo, no estaría presente, ya que supone la intervención de las Gestalten, que predisponen al individuo a determinada relación con una forma típica: a un acoplamiento biológico del individuo a una imagen de su propia especie, y a aquello que le es útil biológicamente (1954-55/2019, p. 167). Más adelante, en el capítulo 3, desarrollaremos más extensamente este aspecto.

Uno de los supuestos fundamentales del Proyecto, es el de que el aparato psíquico no dispone, al principio, de un aparato que distinga entre la representación del objeto que le procuró satisfacción, y la percepción de éste. Es necesario entonces que un signo de

realidad produzca una inhibición de la investidura del recuerdo, para no llegar a la alucinación del objeto. Como vimos, Freud atribuye tal función a un aparato especializado, que supone la constitución de un yo (Laplanche & Pontalis, 1967/2007, pp. 313- 314). Para Lacan, “desde ese momento, por haber querido eliminar completamente el sistema de la consciencia, Freud se vio obligado a restablecerlo con reforzada autonomía” (1954-55/2019, p. 167)

Entendemos que lo que Lacan intenta explicar es que Freud quiso eliminar el sistema de la consciencia, para construir una psicología puramente cuantitativa, reduciendo todos los procesos psíquicos a cantidades fluyentes de energía, y notando que la mayoría de los procesos psíquicos no requieren la intervención de la consciencia. Por otra parte, no puede eliminarla completamente, y se ve obligado a incluirla en un punto que, paradójicamente, la coloca en un lugar superior dentro del aparato psíquico, como lo es la referencia a la realidad. Además, se trata de un sistema que funciona con sus propias reglas, relativamente autónomo respecto de los otros dos sistemas de neuronas.

En relación con los estados de deseo, que ponen en relación el objeto que se presenta y las estructuras ya constituidas en el yo (y como vimos antes, dejan una tendencia a la compulsión), Lacan destaca que Freud "plantea el problema de las relaciones entre el sujeto y el objeto" (1954-55/2019, p. 207). Indica que en Freud hay dos posibilidades. La primera no nos interesa: es cuando el objeto que encuentra coincide con lo esperado. La segunda, cuando el objeto no coincide con lo esperado, es el caso que interesa a Lacan, ya que el objeto se estructura por vía de una repetición obstinada por reencontrar el objeto que le procuró satisfacción. De esta manera, toda especie de constitución del mundo objetal siempre es un esfuerzo por redescubrir el objeto que le procuró satisfacción. Pero en tanto el objeto que encuentra jamás es el mismo —sólo coincide en parte— el sujeto engendra una y otra vez objetos sustitutos, ya que nunca se trata de un objeto que se reencuentra (en el sentido de la reminiscencia platónica) (p. 155).

Lo que está subrayando Lacan, es el papel de la repetición como estructurante del mundo de los objetos, y el papel de los objetos en su función radical de símbolos (1954-55/2019, p. 155). En “El seminario sobre La carta robada”, Lacan señala: "el sistema ψ , predecesor del inconsciente, manifiesta así su originalidad por no poder satisfacerse sino con volver a encontrar el objeto radicalmente perdido", y agrega que la originalidad de Freud radica en “arrebatar al agente humano identificado con la consciencia la necesidad incluida en esta repetición”. Puesto que se trata de una repetición simbólica, se muestra allí que es el orden simbólico el que constituye al hombre, y no al revés (Lacan, 1956/2009a, p. 55).

Desarrollaremos más el asunto del orden simbólico, especialmente en el Capítulo 4 de la presente monografía.

A modo de síntesis, Lacan destaca que Freud trató de edificar una teoría del funcionamiento del aparato psíquico, en el que el cerebro operaba como un órgano de homeostato, como amortiguador entre el sujeto y la realidad. La consciencia sin embargo, le representa un problema que lo obliga a considerar una hipótesis complementaria, o ad hoc. Pero además en su práctica se encuentra con el sueño, con algo que agrega una dificultad a su teoría. Descubre que el cerebro es una máquina de soñar, descubre que es “en el nivel de lo más inconsciente, donde el sentido y la palabra se revelan y desarrollan en su integridad” (1954-55/2019, p. 121). De ahí el gran descubrimiento freudiano, y el paso a “La interpretación de los sueños”, que analizaremos a continuación.

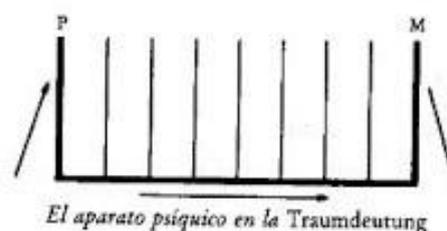
Capítulo 2- La interpretación de los sueños

Parte A: El esquema del peine: de un modelo mecánico a un modelo lógico

La primera edición de "La interpretación de los sueños" (*"Die Traumdeutung"*) fue publicada en 1900, si bien Freud terminó de escribir el texto en el invierno de 1899. Se trata de un libro que tuvo muchas reimpressiones corregidas y aumentadas, lo que da cuenta de la importancia que tuvo este texto en la teoría de Freud (1900/1986a, pp. 3 - 5). En el presente apartado nos centraremos particularmente en algunos puntos del capítulo VII, titulado "Sobre la psicología de los procesos oníricos", que contiene una nueva teoría del aparato psíquico, y debe mucho al "Proyecto de psicología". Sin exagerar la importancia que tuvo para "La interpretación de los sueños" el "Proyecto", indica Strachey que gran parte de los estudios metapsicológicos de Freud, así como el capítulo VII de este libro, sólo se han hecho inteligibles a partir de la publicación del "Proyecto", en la década de 1950 (1900/1986a, p. 9).

Según Bercherie, Freud dedicó los primeros capítulos del libro a lo que llamó la solución psicológica del problema del sueño. Sin embargo, le restaba dar cuenta de la solución biológica, es decir la naturaleza del sueño. Pasando de un modelo lleno de metáforas eléctricas (el del "Proyecto"), en el esquema del peine considera la imagen de un aparato óptico con lugares virtuales. Es decir, rechaza la noción de localización anatómica, para producir un modelo de topografía mental (Bercherie, 1988/1997, pp. 347- 348).

Freud introduce el esquema del peine imaginando el aparato psíquico como un instrumento compuesto por instancias o sistemas (denominados sistemas ψ). Considera una serie temporal que otorga una dirección a estos sistemas. En tanto nuestra actividad psíquica parte de estímulos y termina en inervaciones (como veíamos en el proceso de la descarga de energía), asigna al aparato un extremo sensorial que recibe las percepciones y un extremo motor que abre las puertas de la motilidad voluntaria (Freud, 1900/1986b, p. 530).



Según Freud, las percepciones que llegan a nosotros dejan en el aparato psíquico huellas mnémicas (alteraciones permanentes en los elementos de los sistemas). Puesto que un mismo sistema no podría conservar las alteraciones de los elementos y al mismo tiempo estar abierto a recibir alteraciones nuevas, supondrá la existencia de un sistema que recibe los estímulos pero carece de memoria, por lo que nada conserva de ellos (el sistema P) y otro que deja huellas permanentes. Las huellas de las percepciones se enlazan en la memoria, y a ese proceso lo llama asociación. La asociación se produce a consecuencia de reducciones en las resistencias y facilitaciones hacia determinados elementos Mn (mnémicos), tal como ocurría en el modelo presentado en el "Proyecto" (Freud, 1900/1986b, p. 532).

Esta tónica se apoya en un esquema fisiológico análogo al arco reflejo, en tanto los dos extremos corresponden a los dos polos de la sensibilidad y la motilidad. En un modelo que pretende superar el punto de vista anatómico para proponer un modelo tónico, se conservan sin embargo ciertas determinaciones anatómicas de los lugares psíquicos (Assoun, 1982, pp. 125- 126).

La excitación propagada por los elementos P experimenta una fijación de la asociación en los sistemas Mn, el primero de ellos fijará la asociación por simultaneidad, y en el resto se ordenarán según otras clases de encuentros, por ejemplo por relaciones de semejanza (Freud, 1900/1986b, p. 532). El sistema P, que no tiene memoria, se encarga de las cualidades sensoriales. Los recuerdos quedan en el inconsciente, y carecen de cualidades sensoriales; los más antiguos son los que casi nunca devienen conscientes. Tal como consideró en el "Proyecto", percepción y memoria se excluyen entre sí en los sistemas ψ (Freud, 1900/1986b, p. 533; Freud, 1895/1994, p. 354).

Freud considera entonces tres sistemas, preconsciente, inconsciente, consciente, que constituyen la llamada "primera tónica" del aparato psíquico. Veamos cómo los introduce.

Para él, explicar la formación del sueño requiere suponer la existencia de dos instancias psíquicas, una criticada y otra criticadora. Esta última impide el devenir consciente, se sitúa en el extremo motor del aparato, y guarda una relación estrecha con la consciencia. Se trata del sistema preconsciente, que es el que posee las llaves de la motilidad voluntaria (Freud, 1900/1986b, p. 534).

El sistema inconsciente, que sería el punto de partida para la formación del sueño, carece de cualidad psíquica, y no tiene acceso a la consciencia si no es por vía del preconsciente;

pero para alcanzar este sistema el proceso de excitación sufre modificaciones. Señala que “el sistema que sigue al preconscious es aquel al que tenemos que adscribir la consciencia”, equiparando entonces la percepción y la consciencia (Freud, 1900/1986b, p. 535).

La consciencia se presenta como el órgano sensorial de una parte de los procesos de pensamiento, pudiendo percibir las cualidades psíquicas; y poseería dos superficies sensoriales, una vuelta hacia la percepción, y otra hacia los procesos de pensamiento preconscious. De esta manera, a través de su enlace con el sistema del lenguaje, el preconscious es capaz de atraer una consciencia perceptiva hacia la actividad del pensamiento (Bercherie, 1988/1997, p. 349 - 351).

Hasta ahora hemos visto que Freud consideró un modelo bastante similar al del “Proyecto”. Sin embargo “un neto matiz evolucionista” lo hizo modificar sus concepciones (Bercherie, 1988/1997, p. 351). Al introducir la dimensión temporal, Freud se ve obligado a considerar el concepto de regresión. Antes de introducirlo señala que al llamar primario a uno de los procesos, se refería a que éstos están dados desde el comienzo, mientras que los secundarios se constituyen después (Freud, 1900/1986b, p. 592).

Introduce entonces el concepto de regresión. Explica que en el estado de vigilia, los procesos seguirían un sentido progrediente (de la percepción a la motilidad), mientras que en el sueño seguirían un camino regrediente: al estarles negado el acceso a la motilidad, toman un camino inverso, regresando al sistema percepción, y se presentan al sujeto en forma de imágenes sensoriales que se le imponen de manera alucinatoria. Esto le exige a Freud considerar una orientación de los sistemas dentro del aparato, y por lo tanto introducir el punto de vista tópico (Freud, 1900/1986b, p. 536- 537; Laplanche & Pontalis, 1967/2007, p. 357). Agrega que la regresión no es exclusiva de los sueños: también “en el recordar deliberado y otros procesos parciales de nuestro pensamiento normal” (Freud, 1900/1986b, p. 536), así como en “las alucinaciones de la histeria y de la paranoia” y “las visiones de personas normales” (p. 538), Freud reconoce la presencia de la regresión.

Distingue tres tipos de regresión. Una es la regresión tópica, que concibe a la excitación retrocediendo hasta el extremo perceptual. Este tipo de regresión se manifiesta especialmente en el sueño, pero se observa también en algunos procesos patológicos, en forma de alucinación; o en procesos normales, como la memoria. Freud considera además la regresión temporal, en la medida en que se vuelve a formaciones psíquicas más antiguas. Considera que pueden existir tres tipos de regresión temporal, una en cuanto al

objeto, una en cuanto a la fase libidinal, o una regresión en la evolución del yo. Un tercer tipo es la llamada regresión formal, cuando los modos de expresión y figuración primitivos sustituyen a los actuales. Por ejemplo cuando hay un retorno del proceso secundario al primario, es decir, el paso del funcionamiento según la identidad de pensamiento al funcionamiento según la identidad de percepción. Freud indica que en el fondo los tres tipos de regresión son uno solo y en la mayoría de los casos coinciden (Laplanche & Pontalis, 1967/2007, p. 358; Freud, 1900/1986b, p. 541- 542).

Parte B: El problema de la regresión

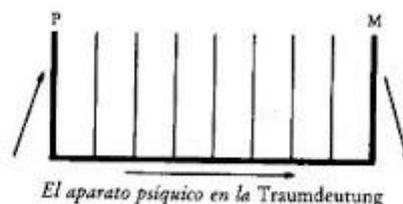
"[La interpretación de los sueños] pone en juego la estructura del lenguaje en general y, en particular, la relación del hombre con el lenguaje"

(Lacan, 1954-55/2019, p. 189)

Comparando los dos esquemas, el del "Proyecto" y el esquema del peine, Lacan indica que el primero sería el de un aparato localizado, se trataría de una especie de ganglio autónomo "pautando la pulsación entre pulsiones internas del organismo y las manifestaciones de búsqueda en el exterior". Por su parte, el esquema de "La interpretación de los sueños" no se trataría de un aparato localizado, sino de un esquema óptico (1954-55/2019, p. 181). Freud lo dice explícitamente: "pondremos el mayor cuidado en no caer en la tentación de determinar esa localidad psíquica como si fuera anatómica" (Freud, 1900/1986b, p. 529). Agrega Lacan que al introducir la dimensión temporal, Freud introdujo cierta dimensión lógica. Habría pasado entonces de un modelo mecánico a un modelo lógico (1954-55/2019, p. 182). Según Lacan, al introducir la dimensión temporal en un esquema que sitúa la percepción y la consciencia en dos lugares diferentes, Freud se vio obligado a considerar la regresión, que ocasiona una vuelta atrás del proceso perceptivo:

a la relativa simplificación del primer esquema se deben las dificultades del segundo, a saber, esa disociación entre percepción y consciencia que lo obliga a introducir la hipótesis de una regresión para dar cuenta del carácter figurativo, es decir, imaginario, de lo que se produce en el sueño (1954-55/2019, p. 223- 224)

Lacan explica que en el esquema del Proyecto, no había necesidad de utilizar la noción de regresión. Es la introducción de la dimensión temporal la que lo lleva a considerar que habría una vuelta atrás en el plano tópico, un retorno de la corriente nerviosa. Es la construcción del propio esquema el que lleva a Freud a admitir la existencia de procesos que siguen un sentido contrario. La noción de regresión es entonces una construcción suplementaria para explicar "cómo pueden producirse cosas que siguen efectivamente un sentido regresivo con respecto al esquema" (1954-55/2019, p. 217)



Freud ubica en un extremo de su esquema la percepción, mientras que la consciencia aparece situada en el otro extremo del aparato. La consciencia debe situarse antes de la salida motriz, antes de la posibilidad del acto, en M. La percepción sin embargo está en el otro extremo del esquema, en tanto se produce antes de toda especie de inconsciente, a nivel de la toma de contacto con el mundo exterior. Sin embargo, el sistema percepción-consciencia, tal como lo concibe Freud, supone una unidad. Lacan observa que en el “Proyecto” Freud representaba como una unidad tópica algo que, en el esquema del peine, está descompuesto en dos extremos. En este último, representa como disociados el derecho y el revés de una misma función: la percepción y la consciencia (1954-55/2019, p. 212- 213).

El esquema del “Proyecto” presentaba la dificultad de considerar dos tipos de sistemas diferentes, los cuantitativos y los cualitativos . Sin embargo, el sistema ω , aseguraba la función de la toma de consciencia, e incluía el de la percepción. El esquema del peine multiplica las dificultades del anterior, al colocar en dos extremos el sistema perceptivo y el de la consciencia (1954-55/2019, p. 214).

Para Lacan no es necesario servirse del concepto de regresión para explicar el viraje de un momento del sueño al otro. Sostiene que no se trataría de un estado anterior del yo, sino de una descomposición espectral de la función del yo. Desde su punto de vista, el yo estaría configurado por la serie de identificaciones que han representado un hito esencial en cada momento de la vida del sujeto, y en determinadas circunstancias (p. 251). Esta descomposición espectral, es denominada por Lacan como una descomposición imaginaria (253). Esto significa que “el sujeto se descompone, se desvanece, se disocia en sus diversos yo”, sin que esto suponga un movimiento “regresivo” (1954-55/2019, p. 265).

Lacan señala que la noción de regresión fue ampliamente utilizada por los psicoanalistas de la época, incluso de forma abusiva. Por ejemplo, desde la perspectiva de Anna Freud —quien la entiende como un mecanismo de defensa— implicaría la noción de etapas típicas del yo, con ciertas fases y con cierto progreso que Lacan califica de “normativo” (Freud, 1936/1954, pp. 55- 63; Lacan, 1954-55/2019, p. 250). Como vimos, para Lacan la noción de regresión sería la respuesta a un impasse propio del esquema del peine; si se pudiera resolver este impasse, la noción ya no sería necesaria.

Luego, Lacan emprende un largo análisis del sueño de la “inyección de Irma”. Detallar en profundidad este análisis escapa a los objetivos de la presente monografía. De todas maneras señalaremos algunos puntos importantes. Lacan observa que el sueño se produce

en un momento en que Freud se estaba cuestionando sobre el sentido de la neurosis, y la legitimidad de su método (Safouan 2001/2008, p. 36). Constituiría entonces una respuesta a las preguntas de Freud: “la única palabra clave del sueño es la naturaleza misma de lo simbólico” (1954-55/2019, p. 242). Destaca además que la función del sueño se encuentra más allá del yo de Freud, y de los otros que estaban en relación narcisista con él (p. 190). Estaríamos, más bien, ante una inmisión de los sujetos, que implica que el fenómeno inconsciente se presenta siempre entre dos sujetos, descentrado respecto del yo de cada uno, y desplegado en un plano simbólico que los constituye a ambos (p. 243).

El análisis del sueño de la inyección de Irma se nos presenta entonces como una bisagra entre el segundo esquema propuesto por Freud, y la teoría del narcisismo, que desarrollaremos en el próximo capítulo, que nos mostrará además la importancia que tiene para Lacan considerar estas dos dimensiones diferentes, lo imaginario y lo simbólico, y cómo se articulan.

Capítulo 3: Introducción del narcisismo

Parte A: Libido y narcisismo

En “Introducción del narcisismo” (“*Zur Einführung des Narzissmus*”), de 1914, Freud examina el lugar que le corresponde al narcisismo dentro de la teoría sexual, incursiona en el problema de las relaciones entre el yo y el objeto, y establece una distinción entre libido yoica y libido objetal. Introduce asimismo el concepto de “ideal del yo” con su correspondiente instancia crítica, que constituyen la base de lo que más adelante en su teoría denominó el “superyó”.

Freud comienza el texto definiendo narcisismo como la actitud que toma al cuerpo propio para darle un trato sexual (1914/1986, p. 71). Partiendo de una serie de fenómenos clínicos y cotidianos diversos, como las manifestaciones de las psicosis, las enfermedades orgánicas, la hipocondría y la vida amorosa, Freud supone la existencia de un narcisismo primario, que puede expresarse en la elección de objeto de manera dominante y constituye una de las premisas de la teoría de la libido (pp. 71- 72 ; 85- 87). Freud propone además la idea de que este narcisismo primario es simultáneo a la formación del yo; y además, considera la existencia de un narcisismo secundario, producido a partir del retiro de la libido de los objetos. El narcisismo secundario designa una vuelta sobre el yo de la libido, retirada de sus investiduras de objeto (Laplanche & Pontalis, 1967/2007, p. 230- 231).

Decíamos que en este texto de 1914 Freud distingue entre libido yoica y libido de objeto. Assoun subraya que el concepto de libido “es el que sirve para definir el capital energético del psiquismo”. Este concepto designa una constante energética de la pulsión sexual, y es por lo tanto, considerada como una magnitud cuantitativa (1982, p. 181).

Freud explica que la distinción entre libido yoica y libido de objeto surgió a partir de la diferenciación entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas. Señala que al principio los dos tipos de libido son indiferenciables y están juntos (invistiendo al yo) en el estado del narcisismo primario, pero que luego, con la investidura de objeto, se hace posible diferenciar la libido yoica y la libido de objeto, y agrega que “cuanto más gasta una, tanto más se empobrece la otra”, es decir que ambas energías tendrían un vínculo muy estrecho, serían inversamente proporcionales (1914/1986, p. 73- 74).

Sobre el manejo de la libido en la neurosis y la psicosis, nos interesa destacar un punto que será retomado por Lacan. Para Freud la esquizofrenia se caracteriza por dos rasgos fundamentales, el delirio de grandeza y el extrañamiento del mundo exterior. Sostiene que tanto en la histeria, como en la neurosis obsesiva, puede observarse cierto extrañamiento del mundo exterior, pero la energía que se saca del mundo exterior se transfiere a los objetos de la fantasía: “han sustituido los objetos reales por objetos imaginarios”. En las psicosis, en cambio, esta energía se colocaría sobre el yo. De ahí el delirio de grandeza. Freud llama narcisismo secundario a este modo de manejo de la libido, en tanto se edificaría sobre el narcisismo primario, y destaca que la psicosis se caracteriza por una sobrestimación del poder de sus deseos y “una fe en la virtud ensalmadora de las palabras” (1914/1986, p. 73).

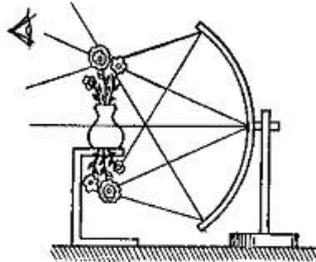
Para Freud, el enamoramiento sería la fase extrema de la libido de objeto, mientras que ciertas fantasías de la paranoia serían un ejemplo opuesto, donde toda la energía estaría invirtiendo al yo (1914/1986, p. 73). Asimismo, en la enfermedad y en el dormir, habría “un retiro narcisista de las posiciones libidinales sobre la persona propia” (p. 80).

En este texto de 1914, Freud considera la oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones yoicas. Más tarde, observará que las pulsiones del yo son también sexuales. En “Más allá del principio de placer” establecerá entonces un nuevo dualismo pulsional: la oposición será entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte.

Parte B: La teoría de la libido y el esquema óptico

“Este pequeño esquema no es más que una elaboración muy simple de lo que desde hace años intento explicarles con el estadio del espejo”

(Lacan, 1953-54/2020, p. 192).



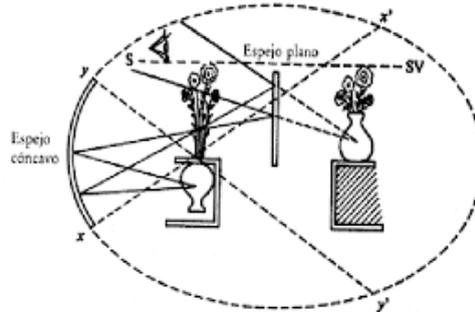
La tercera etapa del pensamiento de Freud que Lacan delimita, corresponde al texto “Introducción del narcisismo”, y en el Seminario 2 es abordado recurriendo al esquema óptico. Según Lacan, dicho esquema colocaría el sistema percepción- consciencia en el lugar adecuado: “en el centro de la recepción del yo en el otro, porque toda la referencia imaginaria del ser humano está centrada en la imagen del semejante” (1954-55/2019, p. 183).

Al final del Capítulo 2 mencionábamos la importancia de considerar los registros simbólico e imaginario. En el presente capítulo profundizaremos más en ellos. Para mostrar la forma en que lo simbólico regula la identificación imaginaria, Lacan utiliza la experiencia del ramillete invertido. Dado que en el Seminario 2 no lo desarrolla de manera tan clara como en el Seminario 1, lo comentaremos teniendo en cuenta la exposición que Lacan hace en este último.

Para ello coloca un espejo esférico. Dado un fenómeno muy conocido del campo de la óptica, un espejo esférico produce una imagen real, en tanto a cada punto de un objeto, le corresponde en el mismo plano, un punto luminoso. Si sobre una caja se coloca un florero real, y por debajo un ramillete de flores, lo que sucede es que el ramillete se ve como si estuviera dentro del florero, produciéndose una imagen real. En un espejo plano, por el contrario, se forma una imagen virtual (Lacan, 1953-54/2020, pp. 125- 126).

Lacan subraya la importancia que tiene, en esta experiencia, la posición del ojo del experimentador, ya que si no está en determinada posición (dentro del cono), la ilusión óptica no puede apreciarse. En otras palabras, “Lo que el sujeto [...] ve en el espejo [...] depende de su posición en relación a la imagen real. Demasiado cerca de los bordes, se ve

mal [...]. Sólo en el cono puede obtenerse una imagen nítida” (1953-54/2020, p. 213). Para Lacan, esto ilustraría que en la constitución del mundo que resulta de la relación entre lo imaginario y lo real, todo depende de la situación del sujeto. Esta situación está caracterizada por el lugar que ocupa en el mundo simbólico (p. 130).



Más adelante en el Seminario 1, Lacan se sirve de la utilización de un espejo plano, que se agrega en un lugar estratégico en una experiencia similar a la antes descrita. Muestra que en un espejo plano —que produce, como hemos dicho, una imagen virtual— se puede ver una imagen virtual de la imagen real, la que produce el espejo cóncavo. Aquí pueden apreciarse, indica Lacan, los dos narcisismos. Existiría un narcisismo en relación a la imagen corporal, que describe como la fuente imaginaria del simbolismo, aquello a través de lo cual el simbolismo se enlaza con el sentimiento que el sujeto tiene de su propio cuerpo (1953-54/2020, p. 192). El primer narcisismo se situaría a nivel de la imagen real del esquema, en tanto se trata de una imagen que permite organizar la realidad dentro de ciertos marcos preformados.

A diferencia del animal, en el hombre “la reflexión en el espejo manifiesta una posibilidad noética original e introduce un segundo narcisismo”, en el que de inmediato la relación con el otro se vuelve fundamental. El otro, se confunde con el ideal del yo. Lacan señala que para entender la teoría freudiana, que nos muestra el narcisismo estructurando todas las relaciones del hombre con el mundo exterior, es necesario considerar las teorizaciones del pensamiento gestaltista. Explica Lacan que desde el pensamiento gestaltista se entiende que el mundo animal se estructura por un cierto número de imágenes fundamentales que proporcionan sus líneas de fuerza básicas. La estructuración del mundo humano sin embargo está muy neutralizada respecto a sus necesidades, está extraordinariamente desconectada de ellas. La teoría freudiana del narcisismo nos permitiría encontrar una relación entre la estructuración del mundo animal y la del mundo humano (1954-55/2019, p. 251- 252).

Lacan destaca otro punto importante en relación al manejo de la libido en la neurosis y la psicosis tal como las desarrollamos en el apartado previo. Indica que en la barrera que el neurótico pone a la realidad, recurre a la fantasía, por lo que habría aquí una función imaginaria. En cambio, “cuando el psicótico pierde la realización de lo real, no vuelve a encontrar ninguna sustitución imaginaria”, el psicótico “lo primero que catectiza son las palabras”, y para Lacan esto implicaría reconocer “la categoría de lo simbólico” (1953-54/2020, p. 179- 180). En Freud, veíamos que en las neurosis la energía del mundo exterior se transfería a los objetos imaginarios de la fantasía, mientras que en las psicosis se colocaba sobre el yo, y prevalecía una fe en la virtud ensalmadora de las palabras. Por eso, Lacan indica que en Freud ya hay una “estricta distinción” entre los dos registros, el imaginario y el simbólico. Profundicemos más en ambos.

Lacan indica que “toda relación imaginaria se produce en una especie de tú o yo entre el sujeto y el objeto”, y agrega que en tanto reconoce su unidad en un objeto, el sujeto se siente en desasosiego en relación a este (1954-55/2019, p. 256). Cuando el sujeto percibe en el objeto una unidad, queda colocado en estado de tensión imaginaria, ya que se percibe a sí mismo como deseo insatisfecho. A la inversa, cuando aprehende su unidad, es el mundo el que pierde su sentido y se presenta como alienado y discordante. Esta oscilación imaginaria es la que “confiere a toda percepción humana la dramática subyacencia en la que es vivida” (1954-55/2019, p. 253). Aquí vemos una clara diferencia entre el punto de vista de Freud y de Lacan. Mientras que el primero consideraba una suerte de principio de conservación de la energía libidinal, entre la libido yoica y la de objeto, Lacan al sustituir el modelo energético de Freud por un modelo óptico, explica esta tensión en términos de descomposición de la imagen.

Esto es muy importante para Lacan ya que, por ejemplo, explica que no hay que buscar en una regresión la razón de los surgimientos imaginarios que caracterizan el sueño:

En la medida en que un sueño llega tan lejos como pueda serlo en el orden de la angustia, y en que se vive una aproximación a lo real último, asistimos a esa descomposición imaginaria que no es sino la revelación de las componentes normales de la percepción (Lacan, 1954-55/2019, p. 253).

Veamos ahora cómo entra en juego el registro simbólico. Para Lacan, a raíz de las características de los lazos narcisistas, es necesaria una ley que regule las relaciones y otorgue estabilidad a los objetos, estabilidad de la que carecerían en el instante de la captación imaginaria. "Aquí interviene la relación simbólica. El poder de nombrar los objetos

estructura la percepción misma (...) Mediante la nominación el hombre hace que los objetos subsistan en una cierta consistencia" (1954-55/2019, p. 257). Lo que Lacan intenta subrayar es que el orden simbólico consiste en una especie de pacto que regula lo que de otra manera sería un caos imaginario. El sujeto entra en el orden simbólico por vía de una abertura específica de la relación imaginaria del sujeto con su semejante. El hombre puede pensar el orden simbólico, luego de estar "apresado en él" (Lacan, 1956/2009a, p. 61).

Veamos ahora cómo se vinculan la teoría del narcisismo de Freud, con el estadio del espejo de Lacan. Freud sostiene que el ser hablante no nace con un yo, sino que éste se construye, al igual que el cuerpo y la realidad: "es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo" (1914/1986, p. 74). Antes de elegir objetos externos, el sujeto se toma a sí mismo como objeto de amor (narcisismo primario). El yo es entonces el primer objeto, que se constituye en la fase narcisística, momento en el que las pulsiones asimismo se unifican. Para Freud el narcisismo comprendería "una nueva acción psíquica" (1914/1986, p. 74) cuya función sería, según Lacan, la de dar forma al narcisismo. Para Lacan, esto sería equivalente a marcar "el origen imaginario de la función del yo" (1953-54/2020, p. 178)

En su teoría del estadio del espejo, Lacan señaló que el principio de toda unidad percibida por el sujeto en los objetos, es la imagen de su propio yo. El sujeto sólo percibe la unidad de esta imagen afuera y de manera anticipada. Los objetos poseerían entonces un carácter fundamentalmente antropomórfico, e incluso egomórfico. En esa percepción evoca una unidad ideal que jamás alcanzará (yo ideal), y se le escapará sin cesar. Esto conduce a que el objeto nunca sea para él el último objeto, lo que hace que el sujeto esté desgarrado en el plano del deseo, ya que nunca podrá alcanzar un objeto definitivo (1954-55/2019, p. 252) Asimismo sostiene que el niño, a una edad precoz, tiene la estructura visual para reconocer en el espejo la forma humana, mientras que las probabilidades de identificarse con esa forma reciben de ella un apoyo decisivo, que constituirá ese "nudo imaginario, absolutamente esencial" que Freud designó como narcisismo (Lacan, 1966/2009b, p. 183).

Para finalizar, diremos que Lacan al comparar su teoría del estadio del espejo con las nociones freudianas, indica que él se aparta de la concepción del yo "como centrado sobre el sistema percepción-consciencia, como organizado por el principio de realidad". Propone que en vez de partir de la dialéctica del conocimiento, partamos de la función de desconocimiento (Lacan, 1966/2009c, p. 105). El yo para Lacan es un objeto que cumple con una función determinada, a la que llama función imaginaria (1954-55/2019, p. 73).

Capítulo 4: Más allá del principio de placer

Parte A: Pulsión de muerte y compulsión de repetición

“en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer”

(Freud, 1920/1986, p. 22)

En “Más allá del principio de placer” (*“Jenseits des Lustprinzips”*), Freud somete a discusión los conceptos fundamentales de su teoría. Revisa toda su concepción anterior sobre el aparato psíquico, su funcionamiento, los principios que lo rigen. Además modifica su teoría de las pulsiones, introduciendo la pulsión de muerte, lo que tiene grandes consecuencias a la hora de interpretar la clínica y la teoría psicoanalítica.

Comienza considerando una serie de objeciones al principio de placer, situaciones que contradicen dicho principio. La primera de ellas la constituyen las neurosis traumáticas. Constata que varios ex combatientes de guerra soñaban una y otra vez con vivencias traumáticas, y despertaban aterrorizados, lo que además del principio del placer, contraría la tendencia del sueño como realización alucinatoria de deseo (Freud, 1920/1986, p. 13).

Pasa luego a desarrollar uno de los ejemplos más conocidos de Freud, el juego infantil del fort-da, que constituiría la segunda objeción al principio de placer, en tanto el niño en la mayoría de las ocasiones repite el acto de arrojar el juguete (vale decir, la vivencia penosa de la partida de la madre) pero rara vez el de recogerlo. En la repetición no hay aparentemente una ganancia de placer, o acaso hay una “ganancia de placer de otra índole” (pp. 14-16). Es decir, el acto de arrojar el juguete y no recogerlo, no se trataría de una repetición con el fin de elaborar la vivencia displacentera (para restablecer la homeostasis), sino de una repetición sin finalidad aparente.

La más importante objeción al principio de placer es lo que sucede en la situación transferencial, donde el analizado “se ve forzado a repetir lo reprimido” de manera actualizada en la relación con el analista (pp. 18-19).

Freud agrega que la compulsión de repetición (*“wiederholungszwang”*) es un fenómeno común en la vida de las personas, que a menudo no llega a constituirse como síntoma. Enumera una serie de situaciones que llevan a idéntico desenlace:

benefactores cuyos protegidos (...) se muestran ingratos pasado cierto tiempo (...); hombres en quienes toda amistad termina con la traición del amigo; otros (...) repiten incontables veces el acto de elevar a una persona a la condición de eminente autoridad para sí mismos o aun para el público, y tras el lapso señalado la destronan para sustituirla por una nueva; amantes cuya relación tierna con la mujer recorre siempre las mismas fases y desemboca en idéntico final (Freud, 1920/1986, p. 21- 22).

A partir de estas objeciones, concluye que “en la vida anímica existe realmente una compulsión de repetición que se instaura más allá del principio de placer” (Freud, 1920/1986, p. 22). Descubre que hay algo diferente del principio de placer, que hay una tendencia irresistible a la repetición que trasciende el principio de placer y el principio de realidad. En un artículo escrito un año antes de la publicación del presente texto, Freud alude a la compulsión de repetición como un fenómeno que se observa en los niños y en el tratamiento psicoanalítico, indica que depende “de la naturaleza más íntima de las pulsiones”, y que “tiene suficiente poder para doblegar al principio de placer” (Freud, 1919/1986, p. 238).

La situación tópica del sistema percepción- consciencia sufre en este texto una importante modificación. En el “Proyecto” se la sitúa, como vimos, en los niveles superiores del sistema, Freud en este texto indica que este sistema debe estar en el límite entre mundo interior y mundo exterior (ya que recibe excitaciones del mundo exterior, y a su vez del mundo interior le llegan las sensaciones de placer y displacer). Por lo tanto se le podría atribuir a la consciencia una posición espacial, la corteza cerebral. Observamos aquí una vuelta hacia una concepción localizacionista de la consciencia. Al principio del apartado advierte: “Lo que sigue es especulación, a menudo de largo vuelo” (Freud, 1920/1986, p. 24), vemos la dificultad —siempre presente en la obra de Freud, y subrayada por Lacan— de situar la consciencia dentro del edificio teórico del psicoanálisis.

Freud introduce luego el asunto de la pulsión. La teoría freudiana de las pulsiones siempre fue dualista, al principio el dualismo se estableció entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo (o de autoconservación). En el texto que estamos analizando, contrapuso pulsiones de vida y pulsiones de muerte. Según Laplanche y Pontalis, la exigencia dualista en la teoría de las pulsiones se debe a que éstas proporcionan las fuerzas que se enfrentan en el conflicto psíquico (1967/2007, p. 325, p. 338).

Según Freud, dada la falta de protección anti-estímulo para las excitaciones internas, las perturbaciones económicas que puede producir son mayores. Las fuentes de excitación interna más importantes son las pulsiones, que define como “los representantes de todas las fuerzas eficaces que provienen del interior del cuerpo y se transfieren al aparato anímico” (Freud, 1920/1986, p. 34).

Hasta este texto de 1920, Freud consideraba que la pulsión sexual funcionaba según las leyes del proceso primario, es decir, según el principio de la descarga total, amenazando el equilibrio del aparato psíquico. Cuando pasa a considerarla dentro de las pulsiones de vida, su antagonista, la pulsión de muerte, es la que funciona según el principio del placer, procurando la descarga total (Laplanche & Pontalis, 1967/2007, p. 333). Vemos que la pulsión de muerte no estaría entonces más allá del principio de placer, sino al servicio del principio de placer. Freud oscila permanentemente en este sentido. Como veremos en la “Parte B”, Lacan observa que a menudo Freud confunde la tendencia restitutiva con la tendencia repetitiva.

Freud introduce la pulsión de muerte a partir de la pregunta sobre la relación entre pulsión y compulsión de repetición. Caracteriza las pulsiones como “conservadoras, adquiridas históricamente y dirigidas a la regresión”, siempre tendientes a reproducir un estado de estabilidad anterior (Freud, 1920/1986, p. 37). Para Freud, el estado anterior al que tienden finalmente las pulsiones, es el estado inorgánico o inanimado, de ahí el nombre de “pulsión de muerte”. En tanto todo lo que está vivo proviene de lo inorgánico, habría una tendencia a retornar al estado inorgánico, es decir, una tendencia hacia la “muerte”. Dirá entonces que “la meta de toda vida es la muerte”, y que todo lo vivo busca morir, pero no de cualquier forma (pp. 38- 43). La pulsión de muerte se contrapone a la pulsión de vida, y tiende a la reducción completa de las tensiones. A su vez, estaría en relación con las pulsiones yoicas, en tanto buscan conservar al individuo para que pueda llegar a la muerte por ciertos caminos, y en oposición a las pulsiones sexuales, que no buscan la muerte, sino la reproducción, y por lo tanto quedarían ubicadas como pulsiones de vida (p. 43).

Como vimos en el Capítulo 3, la noción de narcisismo secundario implicaría una vuelta de la libido sobre el yo. Cuanto más energía se pone en el yo, menos se pone en el mundo exterior, y viceversa. Esto implicaría que en el fondo se trata de una misma energía, no se trata de una oposición de energías, la yoica y la sexual serían ambas libidinosas². Entonces se le cae la oposición entre libido yoica y libido sexual (Freud, 1920/1986, p. 43).

² Si invisten al mundo exterior son sexuales, si invisten al yo son yoicas

Freud lo resuelve diciendo que dentro del amor objetal hay dos polaridades: amor y odio (fundando así la creación del nuevo dualismo pulsional) y que siempre se reconoció un componente sádico en la pulsión sexual. Este componente sádico, que aparece sólo en la relación de objeto, en un principio tiene que ver con cierta pulsión destructiva o agresiva que está dentro del yo, que toma al yo como objeto, pero que luego es expulsado fuera del yo como sadismo por medio de cierta investidura narcisista, como si el yo, para protegerse, lo expulsara en forma sádica. Esta energía se mezcla con la pulsión sexual, dando lugar a distintos fenómenos. Por ejemplo en la etapa oral se mezcla con la pulsión sexual, en el sentido de que la incorporación se vive también como la aniquilación del objeto (Freud, 1920/1986, p. 52). O en la etapa genital podría tomar la forma de la dominación del partenaire y por lo tanto la pulsión agresiva siempre está mezclada con lo sexual y cuando no están mezcladas aparecen como odio o amor. En ese sentido el masoquismo es más bien una regresión del sadismo a esa etapa original autodestructiva en algún sentido (p. 53). Como apunta Bercherie, esta nueva dialéctica pulsional relega a un segundo plano los antagonismos de los sistemas tópicos, poniendo en primer plano a la ambivalencia y el sadomasoquismo. Agrega que el principio de placer, en su esfuerzo por liberarse de las excitaciones vitales de la libido, aparece como un instrumento de la pulsión de muerte (1988/1997, p. 407).

En el último apartado del ensayo, Freud sostiene que dada la tendencia de las pulsiones de querer restablecer el estado anterior, no sería sorprendente que muchos procesos se consumen con independencia del principio de placer.

Freud considera la compulsión de repetición como un mecanismo que tiene la función de elaborar ciertos traumas. Tanto si vienen del mundo interno o externo, toman la energía no ligada y mediante la repetición la van ligando y preparando para su tramitación, es decir para que entre bajo el imperio del principio de placer y que pueda ser descargada placenteramente. En ese sentido, la compulsión de repetición, que es displacentera, es un acto preparatorio para entrar en el principio de placer. Está más allá de este, pero a su vez tiende a preparar el trauma, elaborarlo, para que este pueda ser descargado mediante el principio de placer (Freud, 1920/1986, p. 60). Bercherie observa que el principio de placer es puesto entonces fuera de acción: “ya no se trata de impedir que el aparato psíquico quede sumergido en grandes [cantidades] de excitaciones; la tarea que aparece es más bien otra: dominar la excitación” (1988/1997, p. 405). Casi al final del texto, Freud señala: “el principio de placer parece estar al servicio de las pulsiones de muerte” (1920/1986, p. 61).

Volvemos a observar dos modos diferentes de repetición: la que obedecería al principio de placer, y la que estaría más allá de este.

Parte B: ¿Pulsión de muerte o autonomía del orden simbólico?

“[La pulsión] de muerte no es sino la máscara del orden simbólico”

(Lacan, 1954-55/2019, p. 481)

Lacan sostiene que Freud escribió “Más allá del principio de placer” para volver a colocar el descubrimiento del inconsciente en el centro de su teoría, en un momento en que éste comenzaba a dejarse de lado por la comunidad analítica. Así lo explica en “El seminario sobre La carta robada”. Al referirse a la compulsión de repetición, que surge de la necesidad de responder a ciertas paradojas de la clínica, “es su descubrimiento inaugural lo que Freud reafirma en él”. Vuelve a poner en primer plano al inconsciente, en un momento en que los efectos que éste tiene comenzaban a tomarse, en la comunidad analítica, como datos superfluos (1956/2009a, p. 54). Señala que en este texto Freud elabora nociones necesarias para mantener el principio del descentramiento del sujeto respecto al yo. Sin embargo, a su juicio, esto fue reincorporado en la psicología general, considerando que se trataba de una vuelta del yo como una instancia central en el psiquismo (p. 23).

Como comentamos en el Capítulo 3, para Lacan la estructura fundamental de nuestra experiencia pertenece al orden imaginario, y esta función es distinta en el hombre cuando se la compara con su función en el mundo animal. Tal como explicó en su teoría del estadio del espejo, mientras que en el animal la función imaginaria está constituida por imágenes preformadas; la función imaginaria del yo presenta en el hombre características diferentes, derivadas de la relación con lo simbólico. En los seres humanos, el orden imaginario estaría estructurado por el orden simbólico, y esto significa que en el hombre, la relación imaginaria se ha desviado del resto de la naturaleza (Evans, 2007, p. 109). Según indica Lacan, “este es el gran descubrimiento del análisis: a nivel de la relación genérica, ligada a la vida de la especie, el hombre funciona ya de otro modo”. Y continúa: “ya hay en él una fisura, una perturbación profunda de la regulación vital. En esto radica la importancia de la noción de [pulsión] de muerte aportada por Freud” (1954-55/2019, pp. 61 - 62).

Para Lacan, cuando Freud habla de pulsión de muerte no se refiere a la muerte del ser vivo, sino al intercambio humano, a la intersubjetividad. En el hombre habría algo que trascendería los límites de la vida (1954-55/2019, p. 128). Para Lacan, es esta cuestión la que llevó a Freud a considerar la pulsión de muerte, a la que le adjudicó una motivación “prevital y transbiológica” (1956/2009a, p. 61), precisamente por considerarla como fuera de

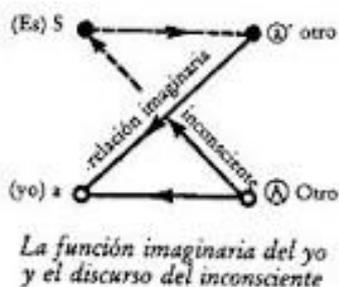
los límites de la vida. Lacan insiste permanentemente en que este es el gran descubrimiento freudiano, y que en él se pone en juego la autonomía del orden simbólico.

Lacan observa que el término “compulsión de repetición” (*wiederholungszwang*) presenta una ambigüedad. En el texto aparecen dos tendencias que a menudo se confunden. Habría una tendencia restitutiva, la que es propia del principio de placer, y que haría tender al organismo hacia el equilibrio, recuperar la homeostasis. Por otra parte, habría una compulsión de repetición que se situaría más allá del principio de placer; una tendencia propiamente repetitiva, sin ninguna finalidad. (1954-55/2019, pp. 97-99)

Como vimos, Freud se encuentra con varias contradicciones al principio de placer, y pareciera que luego de cada una de ellas se interrogara: “¿no es, simplemente, la tendencia restitutiva?”. Sin embargo “una y otra vez comprueba que con esto no alcanza” (1954-55/2019, pp. 105-106). Lacan nota que las diferentes contradicciones que invoca le parecen insuficientes para poner en tela de juicio el principio de placer, pero todas en conjunto, le parecen convergentes (pp. 99-100).

En la teoría de Freud, como hemos visto, la organización propia del psiquismo tiende a amortiguar la irrupción de grandes cantidades de energía que entran en el aparato (principio de constancia). Son los fenómenos de la repetición en transferencia los que finalmente llevan a Freud a admitir la existencia de una compulsión de repetición, que estaría más allá del principio de placer (p. 106). De este modo, Lacan establece la diferencia entre la tendencia restitutiva, y una tendencia propiamente repetitiva, que da cuenta de que el aparato fracasa en su afán de alcanzar el equilibrio.

Daremos un paso más para entender por qué Lacan presenta su esquema L cuando analiza este texto freudiano. Para Lacan, comprender tanto el yo como la metapsicología freudiana toda, requiere servirse de los planos simbólico, imaginario y real. Como afirma en el Seminario 1, “nada puede comprenderse de la técnica y la experiencia freudiana sin estos tres sistemas de referencia” (p. 119).



El “esquema L” está compuesto por cuatro elementos, el S que correspondería al Sujeto, el a, que sería el yo (moi), el a’, que es el otro como semejante, y el A, que es el gran Otro. Cabe resaltar que cada elemento es analizable en función de su relación con los otros tres. El esquema L surge entonces como una respuesta a cómo se entendía la relación de objeto hasta entonces, es decir, como una relación dual. Lacan indica que tradicionalmente la relación con el otro era entendida como una relación de a con a’, y esta manera de considerarla es demasiado simplista (1956-57/2019, p. 12).

El primer vector, que va de a’ hacia a, representa el eje de lo imaginario. Es importante observar que el yo es ubicado en el eje imaginario. Esto se debe a que, como vimos en el Capítulo 3, para Lacan el yo es una construcción imaginaria, como lo es el otro, el semejante que, al mismo tiempo, es superponible al yo.

El segundo vector que va de A hacia S, representa el eje simbólico. Otro eje va de S hacia a’, y el último va de A hacia a. Estos dos últimos representan la relación de lo simbólico con lo imaginario. Las líneas punteadas implican que lo imaginario interrumpe la comunicación simbólica. Esto es importante porque el muro del lenguaje esquematiza la función del espejo. Según explica Lacan, hay que distinguir por un lado el plano del espejo, que constituye el mundo simétrico del yo y de los otros (considerados como objetos imaginarios); y por otro lado el muro del lenguaje como sistema organizado de símbolos. En otras palabras, en el diálogo concreto el sujeto habla a otros sujetos (a’, a”) a los que se identifica poniéndolos en relación con su propia imagen. Pero se dirige, de hecho, a unos sujetos verdaderos, es decir Otros verdaderos (A₁, A₂). El sujeto está separado de los Otros verdaderos por el muro del lenguaje: “apunto siempre a los verdaderos sujetos, y tengo que contentarme con sombras” (1954-55/2019, pp. 365- 366).

Observemos la perpendicularidad de los ejes imaginario y simbólico, con un yo que aparece representado en el eje imaginario y un Sujeto que se ubica en el eje simbólico. Este esquema da cuenta del descentramiento del sujeto respecto del yo, es decir, de lo que para

Lacan es la esencia del descubrimiento freudiano. Citando a Lacan, “lo importante en este esquema es la dependencia de la organización del [yo] con respecto a algo que desde el punto de vista de la organización le es completamente heterogéneo” (1954-55/2019, p. 373).

El fenómeno que Freud denominó “compulsión de repetición”, Lacan lo considera como el efecto que tiene sobre el individuo, la insistencia de la cadena significativa. La necesidad de repetición debe considerarse enlazada a un proceso circular de intercambio de la palabra, a un circuito simbólico exterior al sujeto (ex-céntrico) y ligado a un conjunto de agentes humanos que funcionan como soportes de tal intercambio (1956/2009a, p. 23; 1954-55/2019, p. 153).

Esto está en relación con la idea de inconsciente como discurso del otro, que es el otro como semejante pero también el otro del discurso del circuito en el que el individuo está integrado, como uno de sus eslabones. El circuito discursivo que se forma, puede abarcar a toda una familia, a un bando, a una nación, o a la mitad del planeta; y tiene que ver con la autonomía del orden simbólico, no con algo del orden de la homeostasis individual (1954-55/2019, p. 141). De ahí las dificultades que insistieron a lo largo de la obra de Freud, al no lograr ubicar esta repetición dentro del aparato psíquico. Siguiendo a Evans, al ubicar la pulsión de muerte en lo simbólico, Lacan la articula con la cultura en lugar de articularla con la naturaleza (2007, p. 160).

Este lugar excéntrico al que hacíamos referencia, es el que le corresponde al sujeto del inconsciente. En “El seminario sobre La carta robada”, Lacan insiste en que Freud escribió “Más allá del principio del placer” para regresar sobre el punto de que la insistencia propia del automatismo de repetición está motivada por algo prevital y transbiológico (1956/2009a, p. 61). En el seminario 2, indica:

Esto es la necesidad de repetición tal como la vemos surgir “Más allá del principio de placer”. Vacila más allá de todos los mecanismos de equilibración, de armonización y de acuerdo en el plano biológico. Sólo es introducida por el registro de lenguaje, por la función del símbolo, por la problemática de la pregunta en el orden humano (1954-55/2019, p. 141).

Para finalizar, veamos el origen de esta intromisión de lo simbólico en la vida del individuo. De manera temprana, con anterioridad incluso a la fijación de la imagen propia del sujeto, a la primera imagen estructurante del yo, se constituye la relación simbólica, que introduce la

dimensión del sujeto en el mundo, capaz de crear una realidad diferente a lo que se presenta como realidad bruta. Señala Lacan: “la experiencia imaginaria se inscribe en el registro del orden simbólico tan precozmente como puedan concebirlo”. Asimismo la relación de objeto se estructura de manera particular en cada sujeto, lo que hace posible el análisis y la transferencia (1954-55/2019, p. 384).

En el juego del fort-da, ese juego en el que el niño hace desaparecer y aparecer un objeto (que Lacan señala como un objeto indiferente en cuanto a su naturaleza) a la vez que modula su alternancia con sílabas “manifiesta en sus rasgos radicales la determinación que el animal humano recibe del orden simbólico”. Es en el momento de la “conjunción esencial”, que para Lacan corresponde al punto cero del deseo, donde el efecto de la captura lo somete a las condiciones del símbolo (1956/2009a, p. 55). Conjunción esencial entre fort y da, que producen un bucle repetitivo. Ni “fort” designa la ausencia del objeto, ni “da” la presencia: ambos participan de un automático, “en que la presencia y la ausencia toman una de la otra su llamado” (p. 55). Al producirse la máquina elemental, tenemos el tiempo cero, donde surge el deseo humano. Todo objeto natural ha desaparecido de este sistema. Todo lo que es pulsión de muerte en nuestras vidas, no es más que el efecto de la autonomía del orden simbólico.

A modo de síntesis

A lo largo de mi formación fue creciendo mi interés por el psicoanálisis de orientación lacaniana, y particularmente por la lectura que Lacan hace de los textos de Freud, sobre todo durante la década de 1950, buscando reubicar los fundamentos de la teoría y la técnica psicoanalítica. Ambos términos —teoría y técnica— están en el título del Seminario con el que he decidido trabajar. La teorización sobre el lenguaje y sus efectos sobre la constitución del sujeto, esbozadas en esta monografía, adquirieron primordial relevancia para Lacan, al permitirle pensar una noción de subjetividad que es producto del orden simbólico.

En efecto, Lacan sostiene que Freud propuso una perspectiva nueva para el estudio de la subjetividad humana, en la que el sujeto no se confundiría con la consciencia. Esta consideración se habría empezado a esbozar ya desde el "Proyecto", texto en el que le adjudica a un sistema de neuronas el dejar en el organismo unos motivos compulsivos que lo obligan a recorrer circuitos repetitivos. A juicio de Lacan se inaugura así una nueva manera de considerar la relación del hombre con los objetos (contrapuesto a la reminiscencia platónica) en la que estos se producen a partir de la repetición (1956/2009a, pp. 54-55).

Veinticinco años después, Freud considera un elemento que gobierna la vida desde más allá de ella, y por eso le da el nombre de "pulsión de muerte". Para Lacan, al introducir esta noción, Freud estaría colocando en el centro mismo de su teoría la noción de inconsciente. Desde la lectura de Lacan, se trataría de una repetición simbólica, lo que da cuenta de que es el orden simbólico el que constituye al hombre y no al revés, mostrando "la preeminencia del significante sobre el sujeto" (1956/2009a, p. 48).

Paralelamente Lacan consideró la "Interpretación de los sueños", acaso para reafirmar la idea de que Freud descubre que el significante determina la vida de los sujetos. El sueño tendría la estructura de una frase, de una escritura, en la que podría reconocerse "el empleo fonético y simbólico a la vez, de los elementos significantes" (1956/2002d, p. 259).

En la misma línea, la teoría del narcisismo muestra la relación que el yo establece con los objetos, y para abordarlo Lacan recurre a su esquema óptico, y a su teoría del estadio del espejo. En la relación especular del yo con el otro se interpone "ese más acá del Sujeto y ese más allá del Otro", quedando la existencia capturada por la palabra, sometida a las

condiciones del símbolo (1956/2009a, p. 55). Para Lacan, las tensiones imaginarias características de la relación del yo con los objetos se explican por el orden simbólico, y no por el orden libidinal (1954-55/2019, p. 481).

El gran descubrimiento freudiano es entonces el orden simbólico, que se impone al hombre de manera autónoma. Freud no llegó a enunciarlo de manera explícita, pero a medida que su teoría iba progresando, se vio forzado a restituir ese punto exterior, excéntrico. De ahí las antinomias y contradicciones que lo acompañaron a lo largo de toda su obra (Lacan, 1954-55/2019, p. 178).

Referencias bibliográficas

- Assoun, P. L. (1982). *Introducción a la epistemología freudiana*, tr. Óscar Barahona y Uxoá Doyhamboure. México: Siglo Veintiuno.
- Bercherie, P. [1988] (1997). *Génesis de los conceptos freudianos*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Evans, D. (2007). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Freud, A. [1936] (1954). *El yo y los mecanismos de defensa*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Freud, S. [1895] (1994). *Proyecto de psicología*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. I). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1900] (1986a). *La interpretación de los sueños*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. IV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1900] (1986b). *La interpretación de los sueños*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. V). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1914] (1986). *Introducción del narcisismo*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. [1919] (1986). *Lo ominoso*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. XVII). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. [1920] (1986). *Más allá del principio de placer*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (vol. XVIII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. [1956] (2009a). El seminario sobre “La carta robada”. En *Escritos 1* (pp. 23-69). México: Siglo Veintiuno.
- Lacan, J. [1966] (2009b). Acerca de la causalidad psíquica. En *Escritos 1* (pp. 151-190). México: Siglo Veintiuno.
- Lacan, J. [1966] (2009c). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En *Escritos 1* (pp. 86-93). México: Siglo Veintiuno.
- Lacan, J. [1956] (2009d). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1* (pp. 231, 309). México: Siglo Veintiuno.
- Lacan, J. [1954- 1955]. *Séminaire 2- Le moi*. Recuperado de <http://staferla.free.fr/S2/S2.htm>
[La traducción es mía, texto original en francés].
- Lacan, J. [1953- 1954] (2020). *Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. [1954- 1955] (2019). *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Lacan, J. [1956- 1957] (2019). *Seminario 4. La relación de objeto*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Laplanche, J. ; Pontalis, J-B. [1967] (2007). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Roudinesco, E. ; Plon, M. [1998] (2008). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Safouan [2001] (2008). *Lacaniana 1 - Los seminarios de Jacques Lacan 1953-1963*. Buenos Aires: Editorial Paidós.